

La ciudad desde los márgenes. Adultos que viven en la calle y mujeres migrantes que viven en hoteles pensión. Ciudad de Buenos Aires, 2007- 2011.

Martín Boy, Juliana Marcús y Mariano Perelman.

Cita:

Martín Boy, Juliana Marcús y Mariano Perelman (2013). *La ciudad desde los márgenes. Adultos que viven en la calle y mujeres migrantes que viven en hoteles pensión. Ciudad de Buenos Aires, 2007- 2011.* X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/93>

X Jornadas de Sociología de la UBA

20 años de pensar y repensar la sociología.
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI
1 al 6 de julio de 2013

Mesa

Nº6. La ciudad desde los márgenes: actores, conflictos y acceso a la ciudad

Título de la ponencia

La ciudad desde los márgenes. Adultos que viven en la calle y mujeres migrantes que viven en hoteles-pensión. Ciudad de Buenos Aires, 2007- 2011

Autores

Dr. Martín Boy (CIHAM-FADU-UBA / CONICET) martinboy.boy@gmail.com
Dra. Juliana Marcús (IIGG-FSOC-UBA / CONICET) julimarcus@gmail.com
Dr. Mariano Perelman (UBA / CONICET) mdp1980@yahoo.com.ar

1. Introducción

Esta ponencia es producto de una preocupación relativa al modo en que se produce la segregación y los procesos de desigualdad social en la Ciudad de Buenos Aires. Desde hace varios años venimos indagando en torno a los modos en que los sectores subalternos acceden a la reproducción social a partir del uso de la ciudad. Esta ponencia se centra en dos actores: los adultos que viven en la calle (AVC) y las mujeres migrantes que viven en hoteles pensión del sur de la ciudad. Los dos actores pugnan por transitar y habitar en la ciudad. Ambos grupos están presentes en las áreas céntricas de la ciudad y son objeto de una mirada estigmatizante. Los dos grupos, de manera diferente, buscan impugnar esta mirada a partir de prácticas de visibilización, diferenciación e invisibilización.

El trabajo de campo realizado para indagar sobre la situación de calle se circunscribió a la Ciudad de Buenos Aires durante el período 2006-2011 en tres espacios diferentes: la plaza del Congreso, un comedor popular al aire libre organizado en Barrancas de Belgrano y en el Parador Bepo Ghezzi, uno de los albergues del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA). Durante este trabajo de campo, se realizaron cuarenta entrevistas en profundidad a AVC y otras quince a empleados públicos de distintas jerarquías que trabajaban en los programas del GCBA que atienden a los AVC. El resultado de este trabajo quedó plasmado en la tesis de doctorado (Boy, 2012).

En el segundo caso, los datos analizados fueron reunidos durante el trabajo de campo realizado entre 2005 y 2009 en el marco de una tesis de doctorado (Marcús, 2009). Se utilizó la entrevista en profundidad como procedimiento de registro y

obtención de narraciones de nueve mujeres migrantes del Norte y el Litoral argentinos que viven en hoteles-pensión ubicados en los barrios de Constitución, Balvanera y Barracas de la Ciudad de Buenos Aires. Las mujeres fueron elegidas mediante las técnicas de *muestreo teórico* y *bola de nieve* y se realizaron cuarenta y cinco entrevistas en profundidad con un promedio de cinco encuentros por mujer. Además, se entrevistó a la coordinadora del área administrativa del Programa de Atención en Casos de Emergencia Individual o Familiar (ACEIF).

El texto está dividido en tres grandes secciones. En la primera, hacemos una breve reseña de los procesos ocurridos en los últimos años así como planteamos algunas propuestas para pensar la segregación y la producción de las desigualdades urbanas. En la segunda abordamos el caso de las personas en situación de calle. Esta sección está dividida en tres apartados. En el primero, damos cuenta de las zonas en las que los AVC viven y transitan; en el segundo, exploramos los usos que hacen del espacio y en el último nos adentramos en los procesos y estrategias de visibilización e invisibilización. La tercera parte del escrito aborda el caso de las mujeres migrantes que viven en hoteles pensión del sur de la ciudad. Este apartado también está dividido en tres secciones. En la primera realizamos una caracterización histórica del hotel pensión como estrategia habitacional; en la segunda, indagamos en las percepciones de las mujeres migrantes sobre la mirada del otro; en la tercera parte nos adentramos en los procesos y estrategias de visibilización e invisibilización

2. Buenos Aires, transformaciones urbanas y sociales

Como hemos planteado en otro lugar (Cosacov y Perelman, 2012) en las últimas décadas las transformaciones en las ciudades latinoamericanas se han convertido en un tema recurrente en los estudios sobre los “modos de vida urbanos” en la región. El crecimiento de las desigualdades sociales (en gran parte producto de las políticas de neoliberalización de las sociedades)- en las ya históricamente desiguales ciudades- y los procesos urbanos globales han generado que se abran nuevos abordajes y problemas en torno a la ciudad. Metrópolis fragmentadas, urbanismo de mundos aislados, coexistencia de mundos aislados, etc. (Duhau, 2003; Hiernaux Nicolas, 1999; Prevot-Schapira and Cattaneo Pineda, 2008; Prevot-Schapira, 2001; Saraví, 2008).

Para el caso de la Región Metropolitana de Buenos Aires, algunos autores (Janoschka, 2002; Soldano, 2008) marcan que los procesos de polarización social se expresan en una nueva redistribución espacial dando lugar a *nuevas formas urbanas que poseen un carácter marcadamente insular*. Según Grimson (2009) el Área Metropolitana de Buenos Aires tiene una organización espacial que estaría estrechamente relacionada con los sectores socioeconómicos. Para el autor, existen dos sistemas espaciales sobrepuestos que producen sentido y que producen un sentido territorial en *degradé*. Uno de los sistemas está conformado por tres círculos

concéntricos que van, a rasgos generales, de menos a más pobre: la Capital Federal, el primer cordón del Conurbano Bonaerense y el segundo cordón del Conurbano Bonaerense. El otro sistema espacial es el de los “puntos cardinales” que contraponen el norte próspero con el sur tradicional. La frontera sería la Avenida Rivadavia que divide la ciudad en dos territorios sobre el que se construyen imaginarios diferenciales y maneras distintas de transitar y de vivir en la ciudad. Se trata de barreras territoriales que resultan claves para la comprensión espacial de la ciudad. Señala que “si en una región de frontera política cruzar al otro lado implica convertirse de nativo en extranjero, cuando los pobres urbanos cruzan la avenida Rivadavia, Corrientes y Santa Fe lo hacen como trabajadores, más que como vecinos” (Grimson, 2009: 19). Estas fronteras son producto de la histórica construcción de Buenos Aires como una ciudad de élites, pero a su vez, de las diferencias que existen al interior de ella.

Lo cierto es que a partir de la década de los noventa se produce un cambio en las expresiones de la pobreza y surgen los denominados “nuevos pobres” que, como sostienen Kessler y Di Virgilio (2008), escapan a la lógica que durante décadas fue el rasgo característico de la pobreza urbana en Buenos Aires. Territorialmente, la pobreza era asociada a la villa miseria y, de esta forma, quedaba confinada a los fragmentos de (la) ciudad sin (un) estatus de ciudad, al decir de Cravino (2008). Las villas miseria eran la expresión territorial, la posición que las personas ocupaban en la estructura social. Ahora bien, la aparición de la denominada nueva pobreza trae como novedad que “ahora la posición social no se traduce necesariamente en formas estandarizadas de ocupación del territorio ni en condiciones uniformes de acceso al hábitat y a los servicios urbanos”.¹ Así, aquella ciudad se vio “invadida” de pobres durante el 2001, expresando no sólo los efectos visibles de una sociedad excluyente (Svampa, 2005) sino también la de una ciudad en y de la crisis (Lacarrieu, 2005).

¹ En cierta medida las villas siguen siendo la expresión –al menos en los imaginarios sociales- de la pobreza. Sin embargo, como han demostrado las tomas de tierras en la ciudad, ellas dan cuenta no sólo de un problema relativo a la pobreza sino al mercado formal e informal de vivienda. Sin duda las tomas no pueden desvincularse del problema habitacional que tiene la ciudad (Cf. por ejemplo Fairstein et al., 2012). Según Cravino (2011) existe un agotamiento de un ciclo de crecimiento de las villas. “Todo esto sucede en el marco en que muchos habitantes de la ciudad se ven desplazados a estos barrios por no acceder a una vivienda en el mercado y por la falta de programas de vivienda o el desfinanciamiento de los existentes”. Los datos relevados en el último Censo Nacional realizado en octubre de 2010, muestran que el crecimiento de la población en la ciudad fue de 4 %, en villas y asentamientos fue de más de 50 % con respecto al realizado en 2001. De hecho, el 50 % del crecimiento total de la ciudad se debe al incremento poblacional en villas. Pero además, como sostiene Cravino (2011) las trayectorias habitacionales han mutado profundamente: si durante la década de 1990 se llegaba a casa de parientes o paisanos y luego de un tiempo se ocupaban lotes vacíos, si cuando se agotó el suelo a ocupar se comenzó a construir en altura, esas posibilidades se han agotado. Los inquilinos no pueden adquirir una vivienda y deben buscar otras formas de adquirir una vivienda. Ahora, este proceso no puede comprenderse si no se tiene en cuenta, también, el alza en el precio promedio del suelo (del “mercado formal”) que pasó de U\$S 550 por m² en 2001 a U\$S 1.285,6 en 2010. Esto también es observable en el alza de los precios del alquiler y venta de locales, casas y departamentos. Ello se entrelaza, por supuesto con los modos legítimos grupalmente construidos.

Esto no quiere decir que no existiesen “pobres” viviendo y ganándose la vida en las calles de la ciudad. Por ejemplo, desde hace seis décadas los hoteles-pensión albergan a una población en su mayoría de migrantes internos y de países limítrofes (y no limítrofes como Perú) provenientes de sectores populares que llegaron a la Ciudad de Buenos Aires buscando mejores oportunidades laborales y de acceso a servicios básicos como la educación y la salud. Sin embargo, ya en la ciudad, han accedido a trabajos precarios y mal remunerados con salarios por debajo del mínimo, engrosando los números de la pobreza. Además, como analizaremos más adelante, vivir en un hotel supone lo que Wacquant (2001) llama estigma residencial que afecta a sus moradores obstaculizando la búsqueda de trabajo y contribuyendo a afianzar la desocupación. En el caso de los adultos que viven en la calle (AVC) también es importante el componente migratorio ya que, según estadística elaborada por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario, 2008), el 34,3% es migrante interno y el 12% proviene de otro país. La búsqueda de mejores oportunidades laborales ha sido el motor que impulsó la partida a Buenos Aires, sin embargo, poco a poco, a medida que el mercado laboral fue cerrándose, pernoctar en la vía pública comenzó a convertirse en una opción habitacional debido a la imposibilidad creciente de costear alquileres.

Sin embargo, el continuo crecimiento del desempleo en la década de 1990 hasta 2003, la falta de políticas de acceso masivo a la vivienda y el constante aumento del precio del suelo y de los alquileres contribuyeron a generar un marco de posibilidad para la aparición masiva de grupos ganándose la vida en las calles (venta ambulante, feriantes, limpiavidrios, cuida-coches, cirujas) y viviendo en una situación precaria (tomas de tierras, crecimiento de villas, hoteles pensión, etc.). Estas transformaciones han generado un doble proceso centrípeto y centrífugo: por un lado ha generado una creciente segregación socio espacial que refiere a una mayor distancia y a un menor contacto de grupos sociales; pero a la vez, ha ido surgiendo una creciente presencia de estos “otros” en las calles porteñas del área central.

Como los cambios, las rupturas y las continuidades se producen sobre territorios con historia, contruidos bajo relaciones de poder, los procesos mencionados contribuyeron a transformar las subjetividades y los modos de supervivencia de los sectores medios, de los “vecinos” y de los grupos subalternos, esos que discursivamente (y sobre los que se ha intervenido tanto implementado políticas que los afectaban de manera directa como indirecta) han sido contruidos no como vecinos sino como “extranjeros”, “no merecedores” de la ciudad. Y esta construcción como otros contribuye a la explotación social y al incremento de la desigualdad social. Como ha marcado Soldano (2012: 1) “habitar la ciudad metropolitana supone la convivencia con sistemas de categorías público-políticas que, en su juego de imposición cotidiana, producen diferencias concretas entre “clases” o “tipos” de vecinos”. Estas diferencias no son homogéneas: dentro de los sistemas conformados por los círculos concéntricos

y el de los puntos cardinales a los que refiere Grimson, existen diferencias. Dentro de ellos hay diferentes territorios y espacios morales. Y allí es a donde este escrito apunta, a comprender cómo dos actores buscan sobrevivir, contestan, construyen la desigualdad y se produce la segregación social en los contactos.

Estos actores son objeto de políticas y de discriminación. Se encuentran en un (gran) contexto incorrecto para los cánones de los habitantes porteños: los barrios ricos de la ciudad. Están para éstos utilizando un espacio que no les *corresponde*, sino que pertenece a los vecinos que, anónimamente, pueden transitar por él sin ser individualizados, sin ser reconocidos pero sí “conocidos”. En las calles, dice Goffman (1979), los sujetos se están dando pruebas de confianza mutua. Se produce una cortés desatención, una indiferencia amable al decir de Delgado Ruiz (1999). Cuando ello no ocurre, los actores están constantemente activando una serie de estrategias de visibilización e invisibilización como estrategias de resistencia, impugnación y apropiación del espacio. Esto no quiere decir, sin embargo, que los actores sean pasivos. Antes bien, existe un reconocimiento de los espacios a partir de una conciencia práctica (Giddens, 1995). En el uso, a la vez, existe un efecto de impugnación de esos discursos que buscan construirlos como ilegítimos.

Estas transformaciones, entonces, en su vertiente centrípeta genera rechazos y nuevas desigualdades como contactos y relaciones de afinidad. Sin embargo, como hemos marcado (Cosacov y Perelman, 2012) los encuentros no hablan directamente de una “sociedad más abierta” o más igualitaria. Antes que un ejercicio de medición resulta necesario indagar acerca de esos encuentros en territorios determinados que pueden (re)producir la desigualdad social y contribuir a los procesos de segregación.

3. CASO UNO: ADULTOS QUE VIVEN EN LA CALLE

Vivir en las calles porteñas: lugares de pernocte

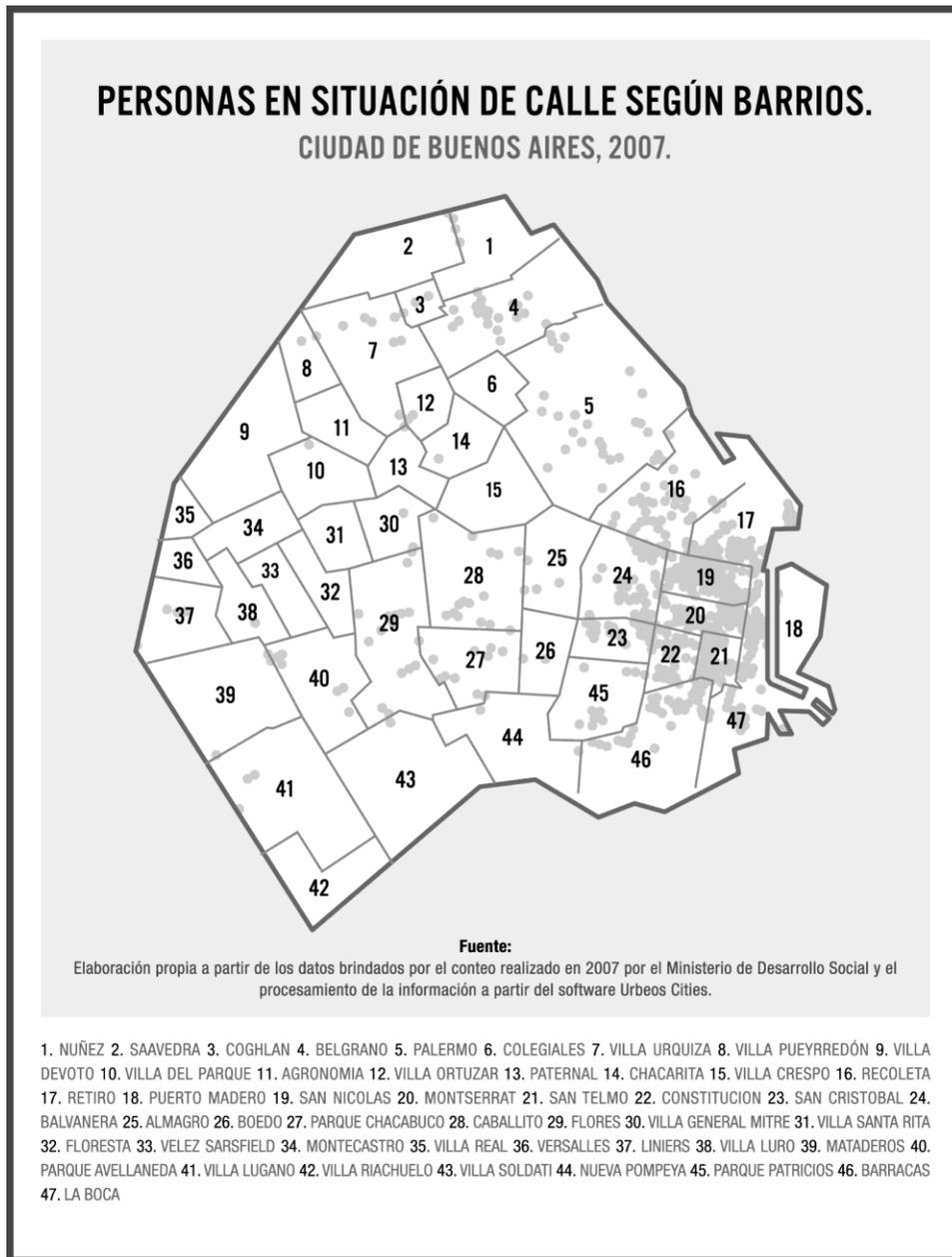
Diferentes formas habitacionales pueden encontrarse en la Ciudad de Buenos Aires y habitar en las calles puede ser pensada como una de ellas. El Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires (GCBA) desde 1997 realiza un conteo casi en forma anual y eso permite registrar cuáles son las zonas elegidas por los adultos que viven en la calle (AVC) a la hora de pernoctar. Esta información fue geo-referenciada y permitió dar cuenta que esta población no se localiza en forma dispersa a lo largo y ancho de la ciudad sino que se concentra en una en particular. La Ciudad de Buenos Aires se divide en cuarenta y dos barrios (ver mapa 1) y este grupo se aglomera fuertemente en siete de ellos, todos ubicados en la zona central de la ciudad denominada frecuentemente como “microcentro” y “macrocentro”.

En los distintos conteos realizados se encontró siempre la misma tendencia. En este caso, se presentan los datos de 2007 para observar la concentración de AVC en

ciertas zonas distinguiéndose tres tipos de barrios: los barrios con alta concentración, los barrios intermedios y los barrios con poco o nula presencia de AVC. Estos tres grupos pueden distinguirse en el mapa N°1. Como puede observarse, dentro de los “barrios preferidos” pueden distinguirse siete de ellos: San Nicolás, Monserrat, Constitución, Balvanera, Recoleta, Retiro y San Telmo en ese orden (ver mapa N°1). Todos estos barrios se ubican en la zona central y confirman la tendencia de los conteos de los años previos. Luego, puede observarse el grupo de los “barrios intermedios” (ver mapa N°1) ubicados en el norte de la ciudad, principalmente Palermo y Belgrano. A su vez, dentro de este segundo grupo pueden incluirse a tres barrios ubicados en el sur y centro de la ciudad: Parque Patricios, Almagro y Caballito. En el tercer grupo de barrios la presencia de personas pernoctando en las calles es muy baja o nula y esto sucede hacia el sur (Villa Soldati y Lugano, por ejemplo) y hacia el oeste de la ciudad (Liniers y Floresta, por ejemplo). Existen variaciones medias de concentración de AVC a lo largo de los distintos conteos realizados por el GCBA. Es difícil saber por qué se producen este tipo de cambios en las decisiones de los AVC ya que el espacio donde se pernocta es elegido en gran medida, como se verá más adelante, por la presencia de servicios gubernamentales a través de los cuales los AVC pueden satisfacer sus necesidades. Si la localización de algunos de estos servicios se modifica, podría cambiar los espacios de pernocte. Estos cambios también podrían deberse a la mayor o menor presencia de riesgos nocturnos que también son fluctuantes en la ciudad. Lo cierto es que la presencia de servicios y la sensación de (in)seguridad que otorga pernoctar en un lugar pueden incidir en el momento de tener que elegir pernoctar en un barrio.

El mapa N°1, reconfirmando el trabajo con otros mapas, deja en claro dos cosas: en primer lugar, que la zona central de la Ciudad de Buenos Aires es la más elegida a la hora de pernoctar en la calle y, en segundo lugar, el otro elemento presente es que a medida que uno se retira de la zona central de la Ciudad de Buenos Aires y se dirige hacia los Partidos del Gran Buenos Aires ubicados en el norte, oeste y sur, la cantidad de personas viviendo en la calle relevadas por el conteo desciende notoriamente.

Mapa 1: Adultos que viven en la calle según barrios. Ciudad de Buenos Aires, 2007.



El trabajo de campo realizado durante 2006-2011 permitió dar cuenta que existen dos motivaciones principales para elegir un lugar de pernocte y no otro. Con las entrevistas en profundidad realizadas a AVC en tres espacios diferentes² pueden identificarse las motivaciones que empujan a las personas a pernoctar en ciertos barrios de la ciudad. Pueden adelantarse dos aspectos que son importantes a la hora de escoger dónde pernoctar: en primer lugar, que la zona sea rica en actividad

² Comedor al aire libre en la plaza de Barrancas de Belgrano, Plaza del Congreso y parador Bepo Ghezzi.

comercial y, en segundo lugar, que haya presencia de redes gubernamentales o de organizaciones de la sociedad civil³ como por ejemplo Paradores y Hogares de Tránsito⁴.

La geo-referenciación trabajada con la información de los conteos del GCBA y la utilización del software Urbeos City permitió identificar que la concentración de AVC se encuentra en el mismo espacio donde se concentra la actividad comercial y que los albergues gubernamentales y de la sociedad civil acompañan a los barrios de alta concentración (Boy, 2012). La co-existencia entre el área comercial y la alta concentración de AVC indican la importancia que tiene para este grupo las oportunidades que puedan generarse a partir de la aglomeración de comercios y empresas y la gran cantidad de peatones y automovilistas a la hora de realizar actividades a cambio de dinero como, por ejemplo, limpiar vidrios de automóviles, mendigar, venta ambulante, cirujeo, etcétera. Esta correlación entre la alta concentración de AVC y las zonas más comerciales está indicando que los espacios en los que se pernocta no son los barrios de clases populares sino más bien las zonas ricas en actividad comercial.

Tal como se mencionó, en las zonas denominadas “microcentro” y “macrocentro” se registra una gran cantidad de AVC que diariamente se interrelacionan con quienes se dirigen a trabajar a la gran cantidad de edificios de oficinas concentradas en el mismo área. El compartir un espacio da lugar a las miradas y las estrategias que los AVC tienen que tener en cuenta para solucionar sus necesidades diarias.

La diferencia encontrada: usos simultáneos de un mismo espacio

Tal como se mencionó anteriormente, si bien es cierto que el proceso de segregación residencial y de separación entre los grupos es una realidad innegable, al menos en la Ciudad de Buenos Aires, este concepto no permite analizar los nuevos tipos de encuentros que se producen cuando aumenta la marginalidad urbana y la pobreza en áreas centrales, cuando ciertos sectores comienzan a subsistir gracias a los recursos que pueden proporcionar los otros habitantes y la infraestructura de la ciudad en sí. El incremento de AVC y el aumento de la cantidad de cartoneros cirujeando en el micro y macrocentro porteños luego de la década de los noventa y de

³ Rosa (2010) en su estudio sobre la relación entre las Organizaciones de la Sociedad Civil y las políticas sociales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires construye una tipología para identificar las diferencias entre los perfiles de las organizaciones. Esto permite caracterizar el espectro que existe dividido en tres categorías: A- aquellas tradicionales vinculadas a la caridad y lo religioso e integrada por personas pertenecientes a la clase media, interesadas por la acción social; B- organizaciones que enfatizan en la promoción de derechos sociales y a la puesta en práctica de acciones relacionadas con la movilización y la demanda hacia el Estado; C- por último, las organizaciones que desarrollan emprendimientos sociales, es decir, micro emprendimientos comerciales con las personas que habitan la calle (venta ambulante, arreglo de muebles, pintura), sin realizar demandas al Estado.

⁴ Los Paradores y los Hogares de Tránsito son las dos modalidades de albergue que ofrece el GCBA a los AVC.

la crisis de 2001-2002 son los ejemplos paradigmáticos para evidenciar la generación de nuevos espacios de cruce.

En estos nuevos espacios, los encuentros se producen “entre grupos distantes en términos sociales, pero próximos en términos físicos” (Cosacov y Perelman, 2011). Las fronteras simbólicas que se construyen están atravesadas por valores morales entre los diferentes grupos que, a su vez, producen identificaciones y diferenciaciones. En las interacciones sociales se reactualizan las fronteras simbólicas y se confirman los procesos de exclusión entre unos y otros. Esta perspectiva contribuye a pensar la calle como un lugar de cruce de las diferencias a partir de las cuales se tejen vínculos solidarios o todo lo contrario.

Los AVC deben construir redes para asegurarse la satisfacción de ciertas necesidades: el acceso a la alimentación, al aseo, a los servicios gubernamentales o de organizaciones de la sociedad civil. Las redes que cada uno de los que vive en la calle teje están compuestas por diferentes grupos: los pares, los vecinos, la policía, los funcionarios públicos, etcétera. El tipo de relación que los AVC puedan entablar con cada uno de ellos posibilitará o denegará el acceso a recursos. En esta dirección, Carreteiro y Santos (2003), ponen énfasis en concebir la calle como un espacio de encuentro de universos complementarios y opuestos y, como tal, la vía pública es vivida como el territorio de la multiplicidad por excelencia. Tal como se señaló en otra oportunidad: “...el espacio común se encarna, ahora y como nunca, en la calle, aunque con usos diferenciales; la calle sigue siendo el lugar en el cual las diferencias se encuentran, se miden, se solidarizan y se molestan (Boy y Perelman, 2008).

La pregunta que surge entonces es quiénes se encuentran y cómo acontece este cruce entre diferentes, es decir, qué es lo que sucede en la calle. Para reflexionar sobre este punto, fue importante pensar cuáles eran las solidaridades y cuáles eran las distancias que se tejían entre los diferentes grupos involucrados en la situación de calle, lo cual se elaboró a partir de los relatos de los adultos que habitan en ella.

Solidaridades y distancias en la calle: visibilizar o invisibilizar

A partir de los testimonios de los AVC entrevistados, puede afirmarse que existen dos grandes grupos dentro de esta población: aquellos que priorizan la ayuda recíproca como medio para sobrevivir, y quienes demarcan las diferencias con el resto de las personas que viven en la calle. Poner hincapié en una u otra postura puede ser determinante a la hora de decidir vivir en forma solitaria o en ranchada. La ranchada remite a una forma grupal de vivir en el espacio público. Vivir en grupo supone ciertas ventajas, aunque también trae inconvenientes derivados de la convivencia. En esta ponencia se enfatizará no tanto en las diferencias al interior del grupo de AVC sino más bien en las solidaridades y conflictos que emergen a partir de la presencia de la mirada de lo que hemos llamado el Gran Otro: la sociedad domiciliada.

Desde la posición de las personas que viven en la calle existe un gran “otro” (GO) que está encarnado en la sociedad, más precisamente en las personas que no pernoctan en la vía pública. Esa mirada externa condiciona los comportamientos de los AVC, sobre todo en el grupo que no vive en ranchadas y que encuentra razones para no relacionarse con otros AVC. Estas razones se anclan fuertemente en los atributos negativos que el estereotipo remarca sobre este grupo: quietud, vagancia, drogadicción, alcoholismo, suciedad, enfermedad, etcétera. Ante esta situación, las personas se ven en la disyuntiva de conformar relaciones con pares o defenderse de las miradas estigmatizantes. Como plantea Goffman (1979), el concepto de estigma remite a poseer una característica profundamente desacreditadora y es una clase especial de relación entre atributo y estereotipo. Según este autor, cuando se estigmatiza un atributo de una persona o grupo, a su vez, se confirma la normalidad del que no lo tiene.

Por lo dicho anteriormente, surge en los AVC la tensión entre visibilizar la situación estigmatizada por la que atraviesan o invisibilizarla. El escenario por excelencia donde esta tensión se hace presente es en la calle. En esta dirección, Delgado Ruiz (2002) sostiene:

... espacio público es aquel en el que el sujeto que se objetiva, que se hace cuerpo, que reclama y obtiene el derecho de presencia (...), se convierte en una nada ambulante e inestable. Esa masa corpórea lleva consigo todas sus propiedades, tanto las que proclama como las que oculta, tanto las reales como las simuladas (Delgado Ruiz, 2002).

Este autor señala que en el espacio público es donde se producen las relaciones de tránsito, los vínculos ocasionales que muchas veces se encuentran en la frontera de no ser relación en absoluto. En el cruce de las personas se produce una cortés desatención, “consiste en mostrarle al otro que se le ha visto y que se está atento a su presencia y, un instante más tarde, distraer la atención para hacerle comprender que no es objeto de una curiosidad o de una intención particular” (Delgado Ruiz, 2002). Poco se sabe del “otro” en este tipo de relaciones en la vida urbana, se pueden presumir o sospechar cosas a partir de indicios (ropas, actitudes, modismos, etcétera), pero no tendremos casi ninguna certeza del prójimo. Esta imposibilidad de saber sobre el “otro”, nos otorga la posibilidad de ser anónimos en la ciudad, y esta condición, al decir de Delgado Ruiz, actúa como una capa protectora frente a las miradas estigmatizadoras. Los sujetos que se saben posibles candidatos a ser discriminados, especialmente, aunque no exclusivamente, utilizan el anonimato como una estrategia para invisibilizar los atributos que la sociedad condena. Delgado Ruiz identifica entre otros grupos a los inmigrantes, pero también podría pensarse en las personas que viven en la calle. ¿Cómo se muestran ante la mirada de la sociedad en general? ¿Existe esta tensión entre visibilizar e invisibilizar en quienes habitan en el espacio público?

La realización del trabajo de campo permite sostener que en el grupo que pernoctaba en ranchada no se encontró tan fuertemente la necesidad de remarcar diferencias con respecto al resto de la población que vive en la calle. En contraposición a esto, quienes vivían solos continuamente intentaban diferenciarse del resto de los AVC apelando a representaciones que existen en el imaginario social y que tienden a estigmatizar a este grupo. En línea con esto, se observó en los relatos de este segundo subgrupo un esfuerzo por invisibilizar la situación por la que estaban atravesando ante la mirada del “otro”.

José alterna entre la terminal de trenes de Retiro y el parador Bepo Ghezzi y no vive en ranchada. Su relato permite reflexionar sobre la tensión que existe entre la visibilidad necesaria y la invisibilidad añorada.

Es como que quiero tener una imagen mía. Alguien que me conoce, a lo mejor que hablé, que por ahí me quiere dar un laburo... Cuando te ven dicen “mirá dónde está durmiendo”... Y eso ya significa que estás borracho. Y no, estás tirado porque estás durmiendo. No me gusta. Me gusta estar bien aunque me muera de sueño, dormiré un ratito en una plaza, pero estando siempre bien, que no me vean tirado y eso. Soy cuidadoso con eso.⁵

José, en este fragmento, demuestra que él tiene en cuenta la mirada de la sociedad a la hora de accionar y que se cuida de las connotaciones que puedan tener sus conductas. Con esto convivimos todos, la particularidad de este caso es que esta mirada juzga sin contemplar la situación por la que atraviesa el observado. José no cuestiona esta mirada, sino que intenta esquivarla. Él continuó enumerando las prácticas cotidianas que realiza para lograr la desatención cortés de la que nos hablaba Delgado Ruiz (2002) a la hora de relacionarse en la ciudad. Cuando comienza a relatar las sensaciones de los primeros días en los que pernoctó en la calle señaló:

Aparte, me daba vergüenza. Digo “no, me tengo que levantar”. Capaz que eran las cuatro de la mañana y ya me levantaba y prefería caminar por la calle y no que pase el colectivo con toda esa gente pensando: “Mirá ese tipo ahí”... Hasta ahora me pasa. O sea, decir que salimos de acá (se refiere al parador) es decirle a alguien que estás saliendo de la cárcel. Una cosa así, no hay una confianza, se hace jodido (...) Y la gente tiene miedo, imaginate la gente cómo está. Yo voy a ver gente, así vestido en la calle y me miran como si los estuviera siguiendo. Lo que hago yo es cruzarme de vereda porque me siento mal. Capaz que esta persona se asustó de mi aspecto o algo y piensa que le voy a robar. Una cosa de locos. Igual en el colectivo. ¿Ves? Por eso en el colectivo sucio no me gusta andar. Porque uno a veces emana olores. Me ha pasado que a veces he andado sucio, me he tomado el colectivo, se sienta una señora al lado mío y me mira de reojo. Y yo digo, “¿qué le pasa a esta mujer?, ¿tendré cara conocida?” Me miró con una cara como para comerme y se cambió de asiento. Ahí me di cuenta de que yo tenía olor en la ropa, porque habíamos hecho humo... Y por eso se te alejan... Y ni hablar si estás barbudo o un poco despeinado, te huyen. No me gusta que me pase eso. Si yo quiero andar confiado entremedio de la gente. No que la gente me tenga....⁶

⁵ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi durante 2008.

⁶ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi durante 2008.

En este fragmento se hace mucho más evidente la necesidad de no ser visto como una persona peligrosa ante la mirada del “otro” y de no provocar lástima cuando las personas lo observan. Estos dos elementos explican por qué José intenta cuidar siempre su aspecto físico.⁷ Constantemente en su relato quedó al descubierto que desde el entorno social existe una atención hacia él y que ese “otro” enfatiza en las situaciones que no se ajustan al parámetro esperado (un olor, una actitud, un tipo de vestimenta utilizada, etcétera). Como plantea Goffman (1979), los comportamientos en las calles responden a normas de comportamiento que pueden ser pensadas como situacionales. Los individuos se comportan correcta o incorrectamente en relación con los contextos, pero también con los encuentros. En la vía pública, dice Goffman (1979), los sujetos se están dando pruebas de confianza mutua y estas pueden comenzar a resquebrajarse cuando se desobedecen las normas de comportamiento, los parámetros de conducta esperados en un contexto determinado. La desobediencia visibiliza y esto puede ser desventajoso si se quiere gozar de los beneficios del anonimato.

A José no le agrada sentir esas miradas sobre él, lo manifiesta, y sus cuidados sobre su propio cuerpo e imagen hablan de la necesidad de pasar inadvertido, de ser un anónimo más en la gran ciudad. Parece que su anonimato está en juego ya que de él, por su apariencia y actitudes, el resto de las personas podrían saber o imaginar más, podrían etiquetarlo en una categoría estigmatizada. Justamente por esto, José desarrolla otras maniobras para invisibilizar o atenuar sus atributos socialmente menoscabados.

*Hay personas que te quieren ayudar. Pero hay otras que no, porque ya tienen experiencia con otras personas que estuvieron en la misma situación y que se mandaron macanas. Pero hay gente que no, que te da una mano, que te ayuda... A mí me ha tocado de estar durmiendo en la calle, si te ven solo... Ahora, si ven una junta de seis o siete tipos que están durmiendo en la calle, ahí no te ayuda nadie porque sí le tienen miedo a uno, imagínate a seis o a siete.*⁸

José pertenecía al subgrupo que no vivía en ranchadas y que explicaba esta decisión apelando a los atributos negativos que le son asignados socialmente a los AVC. A partir del testimonio citado, puede inferirse que otro de los motivos por los cuales no se relacionaba con pares era, además de los atributos negativos, por (otra vez) la mirada del “otro”. Pernoctar en grupo para él está visto por el “otro” como un foco de peligrosidad, y esto le significaba perder la posibilidad de recibir ayudas de los vecinos. Recordemos que estas solidaridades caracterizan, en parte, a la experiencia de vivir en la calle y que son imprescindibles para satisfacer necesidades básicas y reproducir el día a día. Pero para que estas solidaridades se produzcan, es necesario que el “otro” lo reconozca como una persona que vive en la calle. De esta forma, nos

⁷ Siempre que veía a José en el parador era notable su preocupación por verse y mostrarse afeitado.

⁸ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi durante 2008.

encontramos con la tensión anunciada: José intenta conquistar anonimato, pero, a su vez, necesita ser visible para acceder a recursos imprescindibles para la vida cotidiana de un AVC.

En la misma dirección que José, Washington también menciona que las ayudas llegan cuando se cumplen ciertas características relacionadas con la imagen.

Claro, la gente es muy solidaria. La gente te ve en un parque y se acerca con comida, con ropa... Y si te ve drogado, tirado y borracho, no creo que te dé nada. Quizás sí. Uno busca tener buena ropa medianamente como para seguir desde un punto de vista el tren de vida que uno llevaba... mantenerse bien. Yo ahora me tengo que hacer exámenes para ver al dentista. Si vos les preguntás a los de la calle, no van al dentista.⁹

Washington dio cuenta que la solidaridad de las personas no era a cambio de nada, sino que uno debió de responder a ciertas expectativas y, a partir de esta percepción, él cuidaba su presentación en sociedad, su imagen. En su testimonio, puede verse nuevamente el esfuerzo por diferenciarse del estereotipo que existe del AVC. Nuevamente surge la idea de la necesidad de ser reconocido como una persona que vive en la calle para acceder a recursos proporcionados por otros. Podemos agregar que este reconocimiento tiene mayor éxito cuando se cuidan las formas, cuando se logra un cierto acercamiento a los parámetros socialmente esperados.

Como se mencionó en la Introducción, en este trabajo se presentará un segundo caso: las mujeres migrantes que viven en hoteles-pensión en el sur de la Ciudad de Buenos Aires. A continuación comienza a desarrollarse esta segunda temática.

4. CASO DOS: MUJERES MIGRANTES EN HOTELES PENSIÓN

Vivir en habitaciones de hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires

En este segundo caso de estudio centramos el análisis en el rechazo y la descalificación que recae sobre las mujeres migrantes que viven en hoteles-pensión por ser consideradas pobres, morenas, migrantes e inquilinas de hoteles. Tendremos en cuenta su lucha cotidiana por permanecer en una ciudad que las discrimina y las expulsa, tanto explícita como implícitamente, desplegando estrategias de resistencia e invisibilización.

Los desplazamientos migratorios de las mujeres entrevistadas se produjeron entre 1980 y 1998 desde el Norte y el Litoral argentinos hacia Buenos Aires en un contexto de importante vulnerabilidad socioeconómica debido a las consecuencias del neoliberalismo sobre las economías regionales (altos niveles de desocupación, precarización e inestabilidad laboral). Estas mujeres viven en hoteles-pensión desde su

⁹ Entrevista realizada en el parador Bepo Ghezzi durante 2008.

llegada a Buenos Aires, una modalidad habitacional precaria que surge en la década del '50 debido al estancamiento de los conventillos ya que las sucesivas leyes de control de alquileres aplicadas desde la década del '40 contribuyeron eficazmente a su decadencia. En este sentido, los conventillos como fuentes de generación de renta urbana dejaron de ser un negocio para sus propietarios, pues al no poder fijar libremente sus precios en el mercado, vieron muy disminuidas sus ganancias. Con la aparición de los hoteles-pensión surge una mutación del submercado de habitaciones basada en la búsqueda de rentabilidad y la evasión del control estatal.

Estos establecimientos constituyen una inversión más rentable que un conventillo: las tarifas hoteleras son superiores al monto de alquiler de una pieza de inquilinato; se cobra alquiler por cama o por habitación; el cobro se hace por adelantado en forma diaria o semanal y los huéspedes pueden ser desalojados por falta de pago de manera inmediata puesto que no son considerados inquilinos sino “pasajeros” o “huéspedes”. Es decir, habitantes temporales –en términos legales pero no reales– que, por lo tanto, no pueden acogerse a la protección de las leyes de alquileres. Según el Censo Nacional de Población y Vivienda 2010 hay 103.963 personas (45.906 hogares) que residen en piezas de inquilinatos, hoteles o pensiones, el 3,59% de la población total de la Ciudad de Buenos Aires.¹⁰ Habitar en los hoteles-pensión supone un modo precario de vivir en la ciudad, escondiendo una pobreza urbana, invisible y negada. El deterioro permanente de estos establecimientos, su falta de mantenimiento e inspección, el crecimiento de la demanda de habitaciones sumado a la falta de espacio en los inmuebles para solventarla, el hacinamiento y los reiterados conflictos entre sus moradores y encargados empeoran aún más las condiciones de habitabilidad. En estos establecimientos conviven habitantes que arriendan una habitación en forma particular pagando alquileres elevados (entre \$500 y \$800 para el año 2009) y moradores que son subsidiados por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.¹¹ Las mujeres entrevistadas pertenecen a este segundo grupo.

Como mencionamos en la introducción, la diversidad de situaciones y formas que asume actualmente la pobreza urbana se distancia de aquella que por décadas fue la más notable: nos referimos a la lógica que asociaba la pobreza únicamente con las villas miseria. La pobreza urbana va adoptando una nueva configuración y rompe con esta lógica en la medida en que ahora no necesariamente se corresponde con formas

¹⁰ Según datos de la Defensoría del Pueblo (2010), los habitantes de hoteles serían aproximadamente 40.000.

¹¹ El Programa de Atención en Casos de Emergencia Individual o Familiar (ACEIF), creado en 1986 por la Intendencia Municipal de la Capital Federal, tuvo como objetivo atender casos de extrema necesidad con problemas de acceso a la vivienda –desempleados transitorios, situación de desalojo y enfermedad de personas sin obra social– mediante el alojamiento temporario en hoteles subsidiados por el Estado, por un plazo máximo de 45 días. Sin embargo, los hoteles nunca funcionaron como “alojamiento temporario”, pues los beneficiarios permanecían largas estadías en estos establecimientos superando el año de alojamiento. Mediante este accionar, el Estado legitimó la precariedad y las deficientes condiciones de vida que implican estos espacios. Actualmente permanecen 290 familias bajo esta modalidad habitacional de emergencia. Para profundizar en este tema ver Marcús, 2010.

estandarizadas de ocupación del territorio ni con condiciones uniformes de acceso al hábitat y a los servicios urbanos. Varias décadas de empobrecimiento, sumadas al efecto del desempleo y el deterioro de las políticas públicas habitacionales durante los últimos 20 años, rompen el esquema que confinaba a los pobres a territorios bien delimitados y claramente identificables. En este sentido, difiriendo de las zonas de alta concentración popular (villas miseria y asentamientos), los hoteles-pensión responden a una dispersión geográfica que los ubica mayormente en la zona sur y centro de la Ciudad de Buenos Aires. Son edificios que, en el paisaje urbano cotidiano pasan desapercibidos ante la mirada distraída del itinerante, camuflando sus deterioradas fachadas y ocultando y disimulando la pobreza que se esconde en su interior.

La perdurabilidad y expansión del mercado de arriendo de piezas en la Ciudad de Buenos Aires –especialmente a través de la presencia creciente de los hoteles-pensión– es un dato indiscutible. El principal motor de funcionamiento de estas modalidades del hábitat popular no es la ganancia capitalista sino la renta del suelo, donde “el origen o la causa de su generación radica en la buena localización del inmueble. Puede decirse, entonces, que el motor principal de este submercado es la percepción de un beneficio que depende del valor que le otorga a ese suelo el resto del entorno construido socialmente: los pavimentos, el agua corriente, los desagües, el alumbrado público, la calidad ambiental, los medios de transporte, etc.” (Cuenya, 1991: 49). Ante la ausencia de regulación estatal, la magnitud de la renta del suelo depende de la intensidad de ocupación y de la posibilidad de aumentar los precios generada por una demanda constante y por el buen emplazamiento.

Durante el trabajo de campo, realizado entre 2005 y 2009, pudimos observar que la mayoría de los hoteles no cumplía con las condiciones mínimas de habitabilidad e higiene. Encontramos hoteles con ausencia de registro de inspecciones, falta de agua caliente, matafuegos ausentes o vencidos, cableado eléctrico al aire y revoque y pintura en mal estado. Algunas estructuras estaban apuntaladas por maderas, las inundaciones eran una amenaza constante y los hoteles solían tener continuos cortes en el suministro de electricidad. En cuanto a las habitaciones, hemos observado un alto grado de hacinamiento, la ventilación era insuficiente y los ambientes eran húmedos y oscuros. Muchos estaban clausurados por el considerable avance del deterioro y el riesgo que supone habitarlos. Sin embargo, continuaban funcionando.

Alquilar una pieza de hotel, en lugar de ser una solución provisoria y de corto plazo para atenuar el problema habitacional, parecería haberse convertido en la solución permanente para una problemática perdurable. A esto se suman las restricciones a la posibilidad de acceso a otras alternativas habitacionales, en particular el alquiler de departamentos, debido a la inestabilidad económica de sus moradores sumado a la ausencia de políticas públicas habitacionales dirigidas a los sectores de menores recursos. A pesar de la precariedad que suponen estos hoteles, residir en ellos puede ser pensado en términos de *recurso* (Grillo, 1988) o *estrategia*

habitacional (Lacarrieu, 1995). En efecto, para las mujeres entrevistadas que viven en hoteles-pensión ubicados en los barrios de Balvanera, Constitución y Barracas, es sumamente importante la buena localización de estos establecimientos. Residir en ellos supone “*estar cerca de todo*”: el lugar de trabajo, el colegio de sus hijos, los hospitales, los lugares de esparcimiento como plazas y parques, entre otros espacios.

La mirada de los otros

Existe una imagen estigmatizada que construyen “los otros” –los vecinos del barrio, los medios de comunicación, algunas reparticiones del Estado, entre otros actores– sobre los habitantes de hoteles-pensión.

Las mujeres entrevistadas¹² residentes en hoteles declararon sentirse discriminadas por las instituciones educativas y bancarias, por empresas de servicios, por ciertas dependencias del Estado y al momento de conseguir un empleo, no sólo por habitar en un hotel, sino también por la condición de migrante, por el color de la piel y por “ser pobre”.

Cuando era joven salía a buscar [trabajo] para limpiar casas y para repartir volantes, pero para esta actividad me discriminaban mucho y me decían que este trabajo no era para mí, que buscaban chicas más altas, con otra presencia y yo me ponía triste. (Marta)

Por ahí entrás a algún lado, un bar por ejemplo, y te miran raro. No sé que creen. Porque soy morocha ya te miran medio mal. (Adriana)

Me fui a anotar a mi nieta a Walt Disney [jardín de infantes privado]. Ayer estuve todo el día haciendo cola desde las 9 de la mañana hasta las 4 de la tarde. Viene la directora y yo le mostré todos los papeles, porque ahí te piden recibo de sueldo. ¡Pero me hicieron un problema! La directora me dice delante de toda la gente que mi nieta no iba a entrar. Le pregunté por qué y me dijo porque no estaba en el radio. Pero le dije ‘vivo a 4 cuadras’. Después me dijo que en realidad no iba a entrar porque la tengo en guarda a mi nieta y me dice ‘nosotros tenemos mucha experiencia en esto y esto es por violencia’, y yo le dije ‘no es por eso, es porque en la provincia de Santa Fe me la dieron en guarda a mí’. Después me dice ‘no va a entrar porque primero tienen prioridad los hermanitos de los que vienen acá.’ Y al final me terminó diciendo ‘¿por qué no se va ahí enfrente que ahí hay un jardincito de acción social?’ (Cristina)

Resulta interesante destacar la percepción de Lidia en cuanto al reconocimiento que los “porteños” tienen hacia los migrantes, más allá de los discursos y las prácticas específicas en los que se expresa la discriminación.

Tengo un cuñado que es porteño y nosotros los provincianos para ellos somos unos cabecita negra, somos morochos, somos pobres. (Lidia)

¹² Para resguardar la identidad de las entrevistadas decidí utilizar nombres ficticios.

Sobre el propio cuerpo de estas mujeres también recae la mirada estigmatizante de “los otros”. El cuerpo, en tanto territorio de inscripción de las diferencias sociales, es la manifestación primera y más evidente de la interacción social. En esa interacción, las mujeres migrantes entrevistadas despliegan estrategias discursivas de resistencia al estigma y etiquetamiento del que son objeto en la ciudad por ser portadoras de un cuerpo que se distancia de aquel que porta los rasgos socialmente legitimados asociados al cuerpo “blanco europeizado”. En el caso de las mujeres entrevistadas se trata de un origen humilde que se enraíza en el cuerpo. Además, “por tratarse de migrantes internos o de países limítrofes, portan en su cuerpo el sello de lo latinoamericano, las marcas del mestizaje y, por lo tanto, contrastan con el imaginario de la ciudad ‘blanca’, de la ciudad europea”¹³ (Margulis, 2005: 46). Ante la mirada discriminatoria, se trata de un cuerpo extraño en la ciudad al que se le niega la posibilidad de refugiarse en el anonimato, de convertirse sencillamente en transeúnte, tal como vimos en el caso de los adultos que viven en la calle. La trayectoria de clase se hace cuerpo (Bourdieu, 1986), las marcas de clase aparecen en el cuerpo y resulta casi imposible manipularlas. El espacio urbano emite mensajes de bienvenida y de rechazo hacia los “indeseables” de la ciudad (migrantes, okupas, villeros, cirujas, etc.) y configura “zonas permitidas” y “zonas prohibidas” de circulación y permanencia. Estos mensajes son internalizados por quienes son objeto de discriminación. En términos de Bourdieu (1986: 186), la mirada social que recae sobre estos cuerpos resulta eficaz “puesto que encuentra en aquel al que se dirige el reconocimiento de categorías de percepción y de apreciación que [esa mirada] le confiere”.

Según Lacarrieu (1995), los propios moradores reconocen el prejuicio del que son objeto e intentan prevenirlo en su lenguaje y discurso tratando de contrarrestar los efectos descalificadores, escapando de los rótulos y estigmas que trae aparejado vivir en estos establecimientos.

A mí me cae mal la palabra hotel. Es peyorativo. Se junta todo ahí: lo bueno, lo feo, lo lindo. No sé, no me gusta decirle hotel, yo le digo casa. Además la gente, viste como es... Yo soy pobre pero decente. Si está sucio lo limpio yo, no me gusta vivir en la mugre porque somos pobres pero limpios. (Lidia)

Estamos pagando [por el servicio de televisión por cable], todo legal. Los del cable nos discriminan, creen que estamos enganchados, se creen que es una casa tomada, creen que tenemos todo trucho, todo enganchado y no, nada que ver. (Roxana)

En el relato de Roxana es notable el modo en que desplaza la discriminación hacia los ocupantes de casas tomadas: son ellos los que viven ilegalmente, “colgados” de la luz, el agua, el servicio de televisión por cable, etc.

¹³ El imaginario de la ciudad blanca expresa la vigencia del deseo de un improbable predominio europeo en las raíces de la población local y un anhelo de raza blanca y pura. La representación de la ciudad capital como “ciudad blanca y europea” surge en el proceso de modernización durante el siglo XIX y mantiene su vigencia hasta hoy.

La discriminación también se expresa de un modo encubierto en la política habitacional llevada a cabo por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires consistente en subvencionar la estadía en hoteles, pues lejos de incentivar la integración en la ciudad de aquellos que se encuentran en emergencia habitacional, esa política se instala como una solución transitoria –que deviene permanente– para dar respuesta a las urgencias de estos actores sociales. En este sentido, las acciones u omisiones de las instituciones del Estado en lo referente a políticas de vivienda reflejan “la lógica hegemónica actual sobre el *merecer la ciudad*” (Carman, 2005: 11).

–Cuando fui a la Municipalidad para que me cambien de hotel [debido a reiterados problemas con el encargado], me querían dar un subsidio de \$1.800 y también me dijeron “Si vos te querés volver a tu provincia, nosotros te pagamos el pasaje”.

–¿Pero vos les habías dicho que te querías volver a Corrientes?

–No, fue idea de ellos, en realidad querían que yo me vaya, querían que yo renuncie al alojamiento éste y me vaya. Yo no acepté el subsidio porque por ahí me alcanzaba nada más para comprarme dos o tres chapas y palos y no me alcanzaba ni para un rancho. Esto les pasó a varias familias. Muchas aceptaron [el subsidio] y se fueron a su lugar de origen. Después si te he visto no me acuerdo, porque una vez que te dan el subsidio, no vayas a golpear la puerta porque no te abren de nuevo. (Susana)

Vivir en un hotel supone un estigma residencial (Wacquant, 2001) que afecta a los habitantes de estas modalidades del hábitat popular. En este sentido “la discriminación residencial obstaculiza la búsqueda de trabajo y contribuye a afianzar la desocupación. Se topan con mayor desconfianza y reticencia entre los empleadores tan pronto como mencionan su domicilio” (Wacquant, 2001: 134). Algunos perciben aquellas actitudes hostiles y saben que carecer de domicilio fijo y estable deviene en una imposibilidad para conseguir empleo. Otros no reconocen que son objeto de un estigma y más bien recurren a “estrategias de ocultación y de disimulo” (Margulis, 1999: 51).

Yo daba la dirección del hotel y me decían “¿qué es esto, un hotel?”, y te miraban como sapo de otro pozo. Incluso cuando trabajaba en el Pumper y vivía en un hotel en la pieza 9, me llama el gerente y me dice “¿Esto qué es? ¿Ésta es la dirección de tu casa?”, “Sí”, “¿Y de qué departamento?”, “No es departamento, es habitación”, “¿Cómo habitación?”, “Es un hotel donde se alquilan habitaciones y yo alquilo una. Toda mi vida viví en hotel”. Se me quedó mirando, no entendía. (Alicia)

Ahora que tiré currículums en un par de lados los que me conocen me dicen “no pongas la dirección del hotel, poné la dirección de la cooperativa, porque sino, no me toman”. (Marta)

Me estaban por dar la Italcred pero cuando por teléfono me preguntaron “¿Casa o departamento?”, les dije “hotel” y chau, me cortaron. Fui una tonta porque mis conocidas que viven en hoteles dieron otra dirección, la de algún pariente, y les dieron la tarjeta. (Cristina)

Desde el discurso de “los otros”, la imagen estigmatizante del “inquilino de hoteles-pensión” varía según se trate de inquilinos subsidiados por el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires o de inquilinos particulares que rentan su habitación. Al

respecto, podemos ilustrar con algunos testimonios de vecinos de los barrios porteños de Balvanera y de Barracas que viven cercanos a hoteles y conventillos.

El gobierno les paga la habitación y así viven del asistencialismo. ¡No pagan nada! Ni la luz, ni el gas, ¡nada! Yo me rompo el lomo trabajando y nunca llego a fin de mes. (José, 55 años, aprox.; vecino de Balvanera)

Pagan un montón de plata por una habitación ínfima. Seguro que en su provincia, con esa misma plata podrían estar mejor. ¿Por qué no se vuelven, me pregunto? Prefieren vivir así, todos apretados. Qué se yo... (Estela, 40 años aprox.; vecina de Barracas)

La coordinadora del área administrativa del Programa de Atención en Casos de Emergencia Individual o Familiar (ACEIF) responsabiliza al propio sujeto de la situación de pobreza en la que se encuentra. Se trata de un discurso ideologizado que tiende a ocultar la historia y las desigualdades sociales. En su relato los inquilinos subsidiados son considerados “oportunistas”, “cómodos” e “ignorantes”.

[Los habitantes de hoteles] son muy individualistas y en general de los proyectos de cooperativas que surgieron en su momento casi no prosperó ninguno, se robaron plata entre ellos. Las relaciones sociales son muy complejas, es difícil sin educación, sin un sustento emocional que a vos te permita hacerle frente a ciertas cuestiones. Y si encima sos una persona ignorante... la gente que por ahí es muy ignorante es muy desconfiada. Pienso que esas cosas (se refiere a las cooperativas de vivienda) no prosperaron porque cada uno está en su mundo. Se metieron en la cooperativa no desde un convencimiento ideológico profundo sino como una alternativa más a ver si nos podemos salvar. Yo creo que muchos están convencidos que se van a quedar a vivir eternamente en el programa de hoteles. (Coordinadora del área administrativa del ACEIF)

Estrategias de invisibilización/visibilización como recurso para “merecer la ciudad”

¿Existe una identidad común y colectiva del “habitante de hotel”? Aunque las mujeres entrevistadas tengan problemas habitacionales similares, como las condiciones de hacinamiento, la precariedad edilicia, la falta de intimidad y los conflictos permanentes con el/la encargado/a, hayan migrado a Buenos Aires para mejorar su calidad de vida y se encuentren con trabajos poco estables, en su discurso enfatizan la falta de identificación mutua y de reconocimiento entre ellas. La ausencia de demandas comunes y el escaso nivel de organización interno desalientan la conformación de lazos solidarios. Se trata de una población que se ha caracterizado históricamente por escasos antecedentes de movilización colectiva en defensa de sus intereses. Según Bellardi (1994: 53), el bajo nivel de organización se debe “por una parte, a la autopercepción de esta población de su situación actual en el hotel como transitoria y de emergencia, pero también porque la amenaza de expulsión a través del ejercicio del ‘derecho de admisión’ por parte del hotelero emerge cotidianamente”.

En los hoteles no existen redes de ayuda mutua, pues las relaciones sociales no llegan a ser duraderas por el grado de inestabilidad que supone el hecho de vivir en un

hotel. Al igual que los moradores de casas tomadas, “el *arte de hacer* se caracteriza por la búsqueda de soluciones personales que eclipsa cualquier participación en un proyecto común” (Carman, 2006: 119). Sin embargo, a partir de la conformación de cooperativas de vivienda aparece cierto sentido de la integración y del reconocimiento. La puja por la radicación en la ciudad se expresa a partir de 1999 con la formulación de la Ley 341.¹⁴ Las luchas por la inclusión, asumidas por las cooperativas de vivienda del Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI)¹⁵ y progresivamente continuadas por otras organizaciones y procesos, indican otras formas de gestión y construcción que van más allá de la vivienda. Implican la integración y la participación de la población en la materialización del conjunto de bienes y servicios urbanos de las ciudades, así como en los procesos sociales, culturales y políticos que los involucran, colocando como eje central la perspectiva integral y política por el derecho a la ciudad (Rodríguez, 2002). Frecuentar espacios de sociabilidad “cara a cara” –como las cooperativas de vivienda– que aportan a la construcción de significados y lazos sociales compartidos, refuerza y apuntala diversas estrategias producidas y reproducidas por las mujeres entrevistadas como recurso para “merecer la ciudad”. Ellas luchan por permanecer en la ciudad utilizando diversas estrategias como por ejemplo, el intento de ocultar su condición de inquilinas para hacer frente al estigma de vivir en hoteles. Esta estrategia es utilizada para evitar ser encasilladas dentro de un colectivo más amplio –el de inquilinos de hoteles–, lo que supondría delimitar y acotar su identidad desde una única dimensión: la situación habitacional, situación definida y percibida por las propias mujeres como “pasajera”. En definitiva, no existe una identidad *a priori* del inquilino de hotel que permita establecer una “categoría homogeneizante” (Lacarrieu, 1995: 91) como la que subyace cuando es nombrado, definido y percibido por los “otros”. De modo que las clasificaciones originadas en el ‘exterior’ son resistidas por los habitantes de hoteles. Las propias mujeres establecen una diferencia discursiva entre *ser* inquilina, lo cual remite a una identidad fija e inmóvil, y *estar* alquilando una pieza de hotel.¹⁶ De este modo, se homologan con el resto de los ciudadanos urbanos, escapando de la figura del “inquilino de hotel” y reafirmando una condición habitacional circunstancial y

¹⁴ Esta Ley es la principal herramienta legislativa para los procesos colectivos autogestionarios de vivienda en la Ciudad de Buenos Aires, pues otorga créditos colectivos a las organizaciones sociales (cooperativas, mutuales, etc.) para la compra y/o construcción de viviendas, incluyendo recursos para máquinas, materiales de construcción, herramientas, asistencia técnica y capacitación. Como es “una política habitacional que otorga créditos a los grupos de bajos recursos pero no prevé mecanismos de provisión del suelo urbano en contextos de alza de los precios, es una política que acompaña el reforzamiento de las tendencias de segregación socioespacial” (Rodríguez, 2006: 337).

¹⁵ El Movimiento de Ocupantes e Inquilinos (MOI) es una asociación civil surgida en 1990. Se dedica a la problemática de la vivienda y agrupa a cooperativas de vivienda y profesionales de la temática. Su objetivo es crear un movimiento social que incida en las definiciones de políticas de vivienda popular (Rodríguez, 2006).

¹⁶ En este sentido, recupero la expresión utilizada por María Carman (2006) en su análisis sobre las narraciones de identidad de los ocupantes de las casas tomadas del barrio del Abasto: los mismos actores establecen una diferencia entre *ser* ocupante y *estar* ocupando.

transitoria, aunque contrasta con una realidad objetiva que evidencia estadías prolongadas.

Si se toma en cuenta el grado de participación de las mujeres entrevistadas en el marco socioeconómico, político y cultural, la interacción social y cotidiana con los vecinos de los sectores medios y el grado de integración en las instituciones de la sociedad civil, podría decirse que se trata de una población *vulnerable*¹⁷. Así, Lidia, Susana, Alicia y Cristina están insertas e integradas en la esfera económica y laboral, pues poseen un empleo medianamente estable, aunque precario y mal remunerado, pero apenas pudieron completar los estudios primarios lo que revela falta de acceso a la educación; Marta participa en el plano político –es integrante de la cooperativa de vivienda El Molino y lucha por el derecho a la ciudad–, pero está excluida de la esfera ocupacional; Silvia y María completaron los estudios secundarios pero actualmente quedaron fuera de la esfera laboral y se encuentran desempleadas. Además, vivir en habitaciones de hotel indica precariedad habitacional lo que refuerza la condición de vulnerabilidad de estas mujeres y sus familias.

Estas mujeres intentan cotidianamente construir un nuevo mundo de significados culturales, estrategias y relaciones sociales mediante su inserción en ONGs, cooperativas de vivienda, establecimientos educativos, servicios de salud o relaciones laborales, que les permitan una mejor integración al mundo urbano. Además “se sienten parte” de la dinámica de la ciudad puesto que han logrado participar de toda una red de servicios. En este sentido, muchas de ellas perciben o han percibido algunos de los diversos planes sociales, como el Plan Jefas y Jefes de Hogar, el Programa Nuestra Familia, la tarjeta Ciudadanía Porteña y subsidios habitacionales de todo tipo. Algunas también reciben asistencia de Cáritas (alimentos, ropa, mobiliario, etc.), o de parroquias y comedores, entre otras instituciones.

Si tomamos en cuenta los bajos niveles de ingreso y la precariedad habitacional en la que se encuentran, se las podría considerar como parte de los sectores pobres de la Ciudad de Buenos Aires. No obstante ello, el hecho mismo de vivir en la ciudad es considerado por ellas como la base de su inserción social, sumada al acceso a cierto tipo de consumos cotidianos y culturales. De modo que al preguntarles en qué lugar de la escala social se consideran posicionadas, respondieron sentirse pertenecientes a la clase media rescatando, sobre todo, el grado de integración social que llegaron a alcanzar desde que viven en la ciudad. Estas percepciones *puestas en trama* (Ricoeur, 1996) a través del relato pueden ser pensadas como parte de sus estrategias para “merecer la ciudad”. Estas mujeres han construido un entramado de relaciones sociales y cierto aprendizaje que les confiere un capital social y cultural que las acerca a los sectores medios urbanos.

¹⁷ Resulta útil la noción de *vulnerabilidad social* que propone por Robert Castel (1995) puesto que permite reflejar situaciones intermedias e inestables, es decir de exclusión en algunas esferas e inclusión en otras.

El acceso al consumo de ciertos bienes y las salidas en familia a lugares que antes no frecuentaban funcionan como “consuelo de pertenecer, como una confirmadora impresión de formar parte de una comunidad” (Bauman, 2005: 108). Cierta tipo de consumo, como el acceso a la televisión por cable, la adquisición de electrodomésticos como televisores, equipos de música, DVD y computadoras, es considerado por estas mujeres como una marca de prestigio. De todos modos, como señala Carman (2006: 131), “el consumo no viene acompañado de un reconocimiento social”.

Con el objetivo de escapar a la imagen estigmatizada construida por la mirada del otro, recurren a estrategias de desplazamiento de la discriminación y adoptan también actitudes discriminatorias que reproducen prejuicios y estigmas. Así, las mujeres entrevistadas migrantes internas discriminan a los migrantes de países limítrofes y del Perú convirtiéndolos en chivo expiatorio del desempleo, la falta de vacantes en colegios públicos, la saturación de pacientes en los hospitales públicos y la inseguridad. Los moradores de hoteles “intentan construir una identificación positiva que los distinga de sus pares o de grupos inmediatamente inferiores, hacia quienes se crea una identificación negativa” (Herzer *et al.*, 1997: 201).

Yo estaba convencida de que odiaba a los peruanos, ahora también odio a los bolivianos, no los soporto porque creo que nos invadieron. Este nene de acá enfrente estuvo 45 días sin ir a la escuela porque no había vacante y ahí están todas las aulas ocupadas por bolivianos, está bien que nuestra Constitución dice “para todos los hombres de bien que quieran habitar el suelo argentino”, ¿y nosotros qué? (María)

Al principio algunos decían: “De aquel lado son más sucios porque son todos extranjeros”. (Roxana)

Erving Goffman (1970) afirmaba refiriéndose a la posibilidad de rebeldía de algunos grupos discriminados: “transforman su estigma en emblema”. En este caso sucede lo contrario: no construyen emblema a partir del estigma sino que desplazan la baja clasificación social hacia otras nacionalidades. Esto está acompañado de estrategias de disimulo: ante la falta de construcción colectiva de una subjetividad que pueda volver positivo el estigma, prefieren invertir sus recursos cognitivos en el disimulo y desplazar la discriminación hacia otros.

5. Conclusiones

La Ciudad de Buenos Aires ha experimentado importantes transformaciones urbanas que provocaron una mayor fragmentación entre el norte y el sur. En este contexto, desde el urbanismo y la sociología urbana se gestó una gran preocupación por procesos como la segregación residencial. Sin embargo, en este escrito, la atención está puesta en los nuevos encuentros que se dan en zonas centrales entre quienes están incluidos en el sistema productivo y en el proyecto de ciudad imperante y quienes quedaron al margen pero que luchan por no ser expulsados. En esos

encuentros de la diferencia, los grupos que quedan al margen desarrollan estrategias para invisibilizar y visibilizar los atributos estigmatizados por la mirada de la sociedad. Para el caso de los AVC, fue importante en este trabajo visibilizar dónde eligen dormir quienes deciden no pernoctar en los albergues ofrecidos por el GCBA y las distintas organizaciones de la sociedad civil. La alta concentración en siete de los cuarenta y dos barrios que tiene la Ciudad de Buenos Aires fue un indicador de que algo particular sucedía en aquellas áreas. Mediante el uso de un *software* y los testimonios de los AVC entrevistados, la alta concentración de comercios y el gran flujo de transeúntes y automovilistas genera mayores posibilidades de desarrollo de actividades que otorgan ingresos económicos. En estas zonas centrales de la ciudad es donde se producen estos encuentros entre quienes son parte de la economía formal y quienes quedaron en sus márgenes como, por ejemplo, los AVC.

Los encuentros con el Gran Otro, la sociedad domiciliada, fueron reconstruidos a partir del relato de los AVC entrevistados. En estos testimonios quedó evidenciado que la mirada del otro es sumamente importante a la hora de decidir vivir en ranchada o en forma solitaria en la vía pública o a la hora de asearse el cuerpo o cuidar la estética corporal. Quienes pernoctaban solos en general en sus discursos reproducían los atributos negativos que la sociedad le atribuye a quienes viven en la calle: vagancia, suciedad, enfermedad mental, adicciones. Esta reproducción implica no poner en cuestionamiento los discursos discriminatorios hacia el grupo sino más bien legitimarlos. A su vez, decidir no ser visto por la sociedad domiciliada como parte de una ranchada es una estrategia para lograr captar mayor cantidad de solidaridades. En este sentido, se produce una tensión entre la necesidad de ser reconocido como un AVC para lograr beneficios y pasar desapercibido ante la mirada juzgadora del Gran Otro.

En el caso de las mujeres habitantes de hoteles hemos descrito las estrategias desplegadas con el objeto de sortear las clasificaciones *a priori* que las descalifican. Las estrategias analizadas fueron las siguientes:

- 1) el desplazamiento de la discriminación hacia migrantes de países vecinos;
- 2) el ocultamiento de su condición de inquilinas de hoteles para eludir el estigma residencial que afecta a estos establecimientos;
- 3) el recurso discursivo de apelar a la frase “estoy alquilando”, que alude a una condición habitacional circunstancial y transitoria y las homologa al resto de los ciudadanos de la ciudad, camuflando la condición de “inquilino de hotel”. Para la “invención de sus identidades” (Carman, 2006) apelan a diversos atributos culturales o de clase, escapando a la identidad de “inquilino de hotel”;
- 4) la percepción e interpretación optimista que las propias mujeres tienen acerca de su situación social al considerarse como integrantes de la clase media urbana por el hecho de vivir en la ciudad (con las ventajas que ésta supone), y por el

grado de integración social que lograron alcanzar desde que viven en Buenos Aires;

- 5) la falta de identificación con otros habitantes que viven en condiciones similares, aun cuando también sean objeto de discriminación por su condición de inquilinos, pobres y migrantes. De este modo pretenden indicar, una vez más, la transitoriedad de su situación social, económica y habitacional, lo que las diferenciaría de aquellos que comparten sus mismas circunstancias.

La vida cotidiana de las mujeres migrantes entrevistadas y sus familias resulta muy condicionada por el hábitat de los hoteles-pensión. La inestabilidad habitacional, las malas condiciones edilicias, la convivencia de una familia numerosa en habitaciones pequeñísimas, los espacios compartidos, la relación conflictiva entre inquilinos y encargados de los hoteles, inciden en las relaciones familiares y en sus representaciones, los discursos y los modos de actuar de estas mujeres. En sus palabras, en sus gestos se puede apreciar el cansancio y, en cierto modo, la resignación ante esas condiciones de vida. Sin embargo, esto no llega a impulsarlas a querer retornar a sus provincias de origen, en realidad sucede lo contrario. Las mujeres expresan una sensación de logro y progreso al comparar su pasado en la ciudad natal con su vida actual en la ciudad. Si bien el traslado no les ha procurado mejoras económicas significativas ni comodidades en lo que respecta a la vivienda, rescatan el hecho mismo de vivir en Buenos Aires resaltando sus esfuerzos por sobrevivir en una ciudad cada vez más caótica, desordenada y expulsiva. Su lucha cotidiana es por el arraigo en la ciudad, por el reconocimiento social, desplegando astucias en pos del derecho a permanecer y progresar en el espacio urbano. Pretenden influir en las clasificaciones sociales dominantes y para ello intentan invisibilizar las marcas de su condición de clase y su lugar de residencia en procura de modos de categorización que les resulten más favorables. Tratan de maniobrar sobre las múltiples clasificaciones sociales como manera de disputar su identidad personal.

Finalmente, cabe decir que resulta de vital importancia comenzar a dar cuenta de los encuentros que se producen entre grupos que viven situaciones sociales, habitacionales y económicas muy dispares en las áreas céntricas de una ciudad de gran tamaño. Es cierto que las ciudades tienden a fragmentarse en forma creciente pero, al mismo tiempo en que las diferencias sociales se incrementan, los grupos que quedan al margen crean nuevas estrategias para resistir la expulsión de la ciudad. En este sentido, el trabajo presentado apunta a visibilizar las características de estas interacciones entre grupos que se encuentran cercanos físicamente pero sumamente lejanos en el plano simbólico. Uno de los interrogantes que surge es qué se debe hacer para achicar estas distancias y qué consecuencias tiene y tendrá sobre las dinámicas urbanas el ensanchamiento de la diferencia.

6. Bibliografía

- Boy, M. (2012). *Adultos que viven en la calle: políticas públicas, usos y estrategias en torno a la ciudad. Buenos Aires, 1997-2011*. Tesis de doctorado no publicada. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Argentina.
- Boy, M. y Perelman, M. (2008). Los Sin Techo de Buenos Aires. *Revista Ciudades. Las múltiples manifestaciones de la pobreza*. 78, 2-7.
- Bauman, Z. (2005). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: FCE.
- Bellardi, M. (1994). Inquilinatos y hoteles en Buenos Aires. La trayectoria centenaria del mercado de alquiler de piezas. *Revista Medio Ambiente y Urbanización*, Año 13. 49, 41-55.
- Bourdieu, P. (1986). Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo. En Wright Mills *et al.* (comp.) *Materiales de sociología crítica*. (pp.183-194) Madrid: La Piqueta.
- Carman, M. (2005, julio 11-15). La 'máxima de intrusión socialmente aceptable', o los diversos grados de legitimidad de las ocupaciones urbanas. Primer Congreso Latinoamericano de Antropología, Rosario, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Rosario.
- Carman, M. (2006). *Las trampas de la cultura. Los "intrusos" y los nuevos usos del barrio de Gardel*. Buenos Aires: Paidós.
- Carreiro, T. y Santos, P. (2003). La calle: espacios múltiples en Brasil. *Revista Pobreza y Desigualdad. Proposiciones*. Nº34.
- Castel, R. (1995). De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso. En *Revista Archipiélago*. 21, 27-36.
- Cosacov, N. y Perelman, M. (2012, agosto 1-4). Las pugnas por el uso del espacio público: Explorando moralidades y narrativas sobre la desigualdad. Ponencia presentada en el ISA *Forum 2012*, Buenos Aires.
- Cosacov, N. y Perelman M. (2011). Modos de apropiación de la ciudad, conflicto y gestión del espacio urbano. La construcción de fronteras en la ciudad de Buenos Aires. En *La cuestión urbana interrogada. Transformaciones urbanas, ambientales y políticas públicas en Argentina* (pp. 291-322). Buenos Aires: Ediciones El café de las ciudades.
- Cravino, M.C. (2008). *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Los Polvorines, UNGS.
- Cravino, M.C. (2011). "La rebelión de los inquilinos. *Café Las Ciudad*. 10, vol 99, s/p.
- Cuenya, B. (1991). El submercado de alquiler de piezas en Buenos Aires. En R. Gazzoli, *Inquilinatos y hoteles*. (pp. 47-57). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Serie Biblioteca Política Argentina.
- Delgado Ruiz, M. (2002). Anonimato y Ciudadanía. *Revista Mugak*. 20. Tercer trimestre.
- Delgado Ruiz, M. (1999). Anonimat i ciutadania: dret a la indiferència en contextos urbans. *Rev. Catalana Sociol.* 10, 9-22.
- Duhau, E. (2003). "Las megaciudades en el siglo XXI. De la modernidad inconclusa a la crisis del espacio público", en: Ramirez Kuri, P. (Ed.), *Espacio Público y Reconstrucción de Ciudadanía*. México: Flacso-Porrúa.
- Fairstein, C., Morales, D., Zimmerman, S. (2012). Tensiones sociales y respuestas estatales. Conflictos vinculados al territorio, el suelo, la vivienda y el mercado de trabajo, en *Derechos Humanos En Argentina. Informe 2012* (pp. 257-324): Buenos Aires: CELS- Siglo XXI eds.
- Giddens, A. (1995). *La constitución de la Sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1970). *Estigma: la identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (1979). *Relaciones en público: microestudios del orden público*. Madrid: Alianza.
- Grillo, O. (1988). *Articulación entre sectores urbanos populares y el Estado local (El caso del barrio de La Boca)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Grimson, A. (2009). Articulaciones cambiantes de clase y etnicidad: una villa miseria de Buenos Aires en: Grimson, A., Ferraudi Curto, M.C., Segura, R. (Eds.), *La Vida Política En Los Barrios Populares de Buenos Aires* (pp. 221-248.). Buenos Aires: Prometeo.
- Herzer, H.; Di Virgilio, M.; Lanzatta, M.; Lago, S.; Redondo, A.; Rodríguez, C. (1997). 'Aquí, está todo mezclado...'. Percepciones de familias ocupantes de inmuebles sobre su situación habitacional. *Revista Mexicana de Sociología*. 4, 187-217.

- Hiernaux Nicolas, D., (1999). Los frutos amargos de la globalización: expansión y reestructuración metropolitana de la ciudad de México. *Eure*. 25, 57–78.
- Janoschka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización. *Eure*. 28, 11–20.
- Kessler y Di Virgilio (2008). La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas. *Revista de la CEPAL*. 91, 31-50.
- Lacarrieu, M. (2005). Nuevas políticas de lugares: recorridos y fronteras entre la utopía y la crisis, en Welch Guerra, M. (Ed.), *Buenos Aires a La Deriva*. (pp. 363–395). Buenos Aires: Biblos.
- Lacarrieu, M. (1995). Que los conventillos no mueran: disputas por el espacio barrial. En O. Grillo, M. Lacarrieu y L. Raggio (comps.) *Políticas sociales y estrategias habitacionales* (pp. 62-119). Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Marcús, J. (2009). *Vivir en hoteles-pensión de la Ciudad de Buenos Aires. El proceso de construcción de identidad en mujeres migrantes que residen en habitaciones de hotel*. Tesis de Doctorado no publicada. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Argentina.
- Marcús, J. (2010). Los subsidios habitacionales del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires: un modo encubierto de discriminación hacia los sectores populares urbanos. En Achilli, E (coords.) *et.al. Vivir en la ciudad. Tendencias estructurales y procesos emergentes* (tomo II, pp.271-282) Santa Fe: CeaCU y LABORDE Editor.
- Margulis, M. (1999). La racialización de las relaciones de clase. En M. Margulis, M. Urresti *et al.* (eds.), *La segregación negada*. (pp. 37-62). Buenos Aires: Biblos.
- Margulis, M. (2005). Las villas miseria: aspectos sociales. En J.M.Borthagaray, M. A. Igalzábal de Nistal y O. Wainstein Krasuk (comps.) *Hacia la gestión de un hábitat sostenible*, (pp. 33-54). Buenos Aires: Nobuko, Centro de Estudios del Hábitat y la Vivienda, FADU-UBA.
- Prevot-Schapira, M.F. (2001). Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades. *Perfiles Latinoamericanos*. 19, 33–56.
- Prevot-Schapira, M.F. y R. Cattaneo Pineda. (2008). Buenos Aires: la fragmentación en los intersticios de una sociedad polarizada. *Eure*. 34, 73–92.
- Saraví, G. (2008). “Mundos aislados: segregación urbana y desigualdad en la ciudad de México”. *Eure*, 34. 93–110.
- Soldano, D. (2012, julio 15-20). La desigualdad social en contextos en relegación urbana. Un análisis desde las experiencias y significados del espacio (Gran Buenos Aires, 2003-2010). ponencia presentada en el *54 Congreso Americanista*, viena.
- Soldano, D. (2008). Vivir en territorios desmembrados. Un estudio sobre la fragmentación socio-espacial y las políticas sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires (1990-2005). En A. Ziccardi (comp.) *Proceso de Urbanización de La Pobreza y Nuevas Formas de Exclusión Social*, (pp. 37–69). Bogotá: Siglo del Hombre editores/ Clacso-Crop.
- Ricoeur, P.(1996). *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Rodríguez, M.C. (2002). Producción social del hábitat, cooperativismo autogestionario y derecho a la ciudad. *Revista Mundo Urbano*, No. 17.
- Rodríguez, M.C. (2006). *Tiempo de caracoles. Autogestión, políticas del hábitat y transformación social*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario (2008). Encuesta a Personas sin hogar alojadas en Hogares de Tránsito y Paradores Nocturnos. Buenos Aires: Subsecretaría de Fortalecimiento Familiar y Comunitario de la Dirección General de Atención Inmediata del Ministerio de Desarrollo Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Wacquant, L. (2001). *Parias urbanos: marginalidad de la ciudad a comienzos del milenio*. Buenos Aires: Manantial.